

concisa. Soy una víctima de las más funestas de las pasiones humanas.

Y extendiendo la mano hacia el Oeste:

—Vengo de allá.

—¿De las minas de oro? ¡Desdichado!

—¡Sí señor! ¡Desdichado tanto en lo moral como en lo físico, condenado al suicidio, á la más miserable de las muertes si vos no tendéis una mano para socorrerme!

—¡No os desesperéis! Precisamente tengo necesidad de un hombre de confianza para secundarme ó ayudarme en la dirección de mi explotación; el empleo es modesto, pero os ruego lo aceptéis en atención á mí.

El vizconde debía ser un habil cómico pues las lágrimas acudieron á sus ojos; cogió las manos del señor Josselin y las estrechó fuertemente.

Después, con la voz entrecortada por los suspiros:

—Gracias, señor, muchas gracias. ¡Vos me dais valor y fuerza, cerca de vos, acabaré por olvidar el infierno que fueron para mí las minas de oro.

El señor Josselin quiso desvirtuar la expresión de este reconocimiento que él creía sincero.

—En vuestro acento, paréceme comprender que sois de París.

—¡París!.. He estado el tiempo necesario para perder la fortuna que me legaron mis padres... Soy un normando.

—¡Normando!—exclamó el señor Josselin con veracidad.

El bandido comprendió que una coincidencia indiscreta podía descubrirlo y buscó manera de evadir la respuesta.

—¡Sí! Soy normando. Como vos araso señor.

—El patrimonio de mi familia, las «Chevilletes», se hallan no lejos de Caen.

—Somos, entonces, originarios de distritos diferentes; yo he nacido cerca de Valogne.

—Esto quiere decir que apenas un ciento de kilómetros separan nuestros lugares de nacimiento. Sabed, señor que aquí á millares de leguas de la patria, podemos pretender haber nacido á la sombra del mismo campanario.

Instintivamente, durante este diálogo el

señor Josselin habíase dirigido hacia su quinta, en la que él quería confiar al nuevo huésped á los buenos cuidados de Paméla.

Seguido del bribón que introducía tan imprudentemente en su hogar, iba á franquear el umbral de la puerta cuando vió venir á la señorita Zézette con los cabellos en desorden, el rostro cubierto de lágrimas y el pecho jadeante por el esfuerzo de una larga carrera.

—¡Padre, padre. Ha llegado el desgraciado, el pobre Zimbo... ¡Ah! Los perversos, los perversos.

Un suspiro cortó la palabra de la joven y estalló en una crisis de lágrimas de la que fué imposible sacarla.

Pero el señor Josselin no tardó en tener noticias de lo que pasaba.

En el mismo instante vió salir del corral un grupo de criados negros que avanzaban con precaución y llevando sobre una camilla improvisada de arbustos, una forma humana, inmóvil y pálida como un cadáver. El colono conoció desde luego el cuerpo del viejo Zimbo.

No sabiendo qué pensar, marchó delante de los que llevaban la camilla y que á su aproximación, dejaron su impedimenta en el suelo.

Dejando para más tarde las cuestiones inútiles por el momento, se inclinó sobre el cuerpo del negro y apoyó el oído sobre el corazón.

—¡Dios sea loado! Aún vive—dijo.

Su mirada se detuvo sobre el costado y sobre los riñones del pobre diablo que estaban marcados con rayas sangrientas.

Inmediatamente tuvo la intención de lo que había pasado.

—Este desdichado ha caído bajo el látigo—pensó.

Y mirando á la morada de los Blackbaern, dijo:

—¡Ah, los miserables! Yo no conozco á otros que ellos capaces de cometer semejantes crímenes.

—¿De quién habláis, señor?—preguntó el vizconde.

El señor Josselin no entendió ó fingió no entender. Mandó á los negros transportar el cuerpo á las «Chevilletes».

El mismo día le pre-edió y habiendo t ma-